

EL ATLANTE.

Aquel pueblo es verdaderamente libre donde las leyes mandan y los hombres obedecen.

S. Gonzalo de Amarante. Luna llena á las 6 y 47 ms. de la n. en Canc. Buen tiempo.

EL INVIERNO.

A mi me gusta el invierno con sus noches oscuras, sus mañanas nevadas, sus días lluviosos, sus densas nieblas, sus secos hielos y sus frías ventiscas. Porque en el invierno se encienden las fogatas y las chimeneas que despiden humo, aparecen las pieles y los mantones, las capas y los paraguas, porque los cafés están llenos de gente, porque la estación obliga á la sociedad, y es la temporada de las tertulias. Porque anochece muy temprano, porque recobran su imperio los licores, porque el café, el té, y el ponche, con su llama, con su humo y con su aroma, remplazan á los monotonos sorbetes y helados del verano. Porque en el invierno es cuando se ve á esos embozados parados á las esquinas, rondando una calle, ó al pie de los balcones de la querida, ó hablando con ella á la reja; y es muy comun encontrarse á un almivarado galán, cuando pensabais dar con un ratero, porque entonces es la época de las aventuras amorosas, ¡Con qué placer á la puerta de una iglesia, embozado con el ancho capote, mirais entrar y salir á las hermosas, cubiertas fantásticamente con el negro velo, abrigadas con la capa de pieles ó prologado manton, en aquella hora en que el sol sin fuerza es mas bien una luz que alumbraba, que una hoguera que calienta y vivifica!

A mi me gusta el invierno, porque en el invierno son las fiestas mas notables de la cristiandad: en el invierno es la pascua, es el año nuevo, es la pasión; en el invierno se abren las universidades, las cátedras y los estudios; en el invierno son las academias, los bailes, las máscaras. En el invierno hay teatros por la tarde y por la noche; halli podeis ir despues de comer á dormir la siesta al dulce arrullo de las sinfonias de Haydn y los ver-

sos de nuestras comedias antiguas, y despertár á las siete para asistir á un drama sublime ó á una ópera de Bellini. Y luego cuan encantador es, el día que se presenta despejado y raso, bajar á las doce al Prado á ver asomadas tantas lindas caras á las dos alas de un sombrero, observar á todo un pueblo que sale á esplayarse unas pocas horas para aprovechar el sol, y verle á las cuatro por la calle de Alcalá, formando largas hileras, que toman silencio á sus hogares, y va á agruparse en torno del brasero, ó al rededor de la chimenea! Qué delicia es oír á esas horas las cuartetos de Onslow, Rober, Bertowen y Haydn en casa de los aficionados de música. En el invierno es cuando, al levantarse á las once y abrir las ventanas, al mirar los vidrios empañados, haceis figuritas y adornos que duran lo que tarda el calor del sol en destruirlas. En invierno es cuando al respirar nuestro aliento, forma ondulantes nubes que se disipan en la húmeda atmósfera. En invierno es cuando teneis aquella seguridad de encontrar á todos los que vais á visitar en su casa, al lado de la lumbre, envueltos en humo de tabaco, leyendo los papeles públicos, el chocolate á un lado, el tintero ó los pinceles á otro, y desde ese cuarto cerrado, allombrado y caliente, mirais con gusto por los cristales los efectos del frío, intenso en los que, como vosotros, cruzan las calles para visitar, ó por sus asuntos y negocios. Y cuando la niebla, interpuesta entre nosotros y todo lo que nos rodea, nos aísla en medio de la confusión; cuando las torres desaparecen, los edificios se ocultan, pasan á nuestro lado carrozas, y amigos y hermosas, y solo oímos el ruido, el murmullo como si fueran espíritus... Oh, no hay duda, el invierno es bello; hay mucha proesia en el invierno! La misma naturaleza deshojada y seca, los

estanques helados, los tejados blancos, las calles escurridizas por la escarcha, el ambiente de color blanquecino, frío penetrante, húmedo y seco, todo esto tiene para mí un colorido poético en sumo grado. Y esas calles tan poco frecuentadas de día, tan abandonadas de noche, tan solas al amanecer que indican que toda la población está en sus rincones, imprimen un sello particular de melancolía á la estación. También le imponen las vidrieras de balcones ó ventanas cerradas todas, á todas horas del día. Es poético ver al través de los cristales á las jóvenes haciendo labor; es tan poético como ver las ropas de una hermosa al través de la persiana. Hasta las diligencias ofrecen misterio; no distinguéis á ningún viajero. Solo aparece el enorme carruaje de las mulas llenas de barro los caleseros encapottados, postillon con una capa de hule, chorreando agua y chascando apenas el fatigo.

También es encantador una tarde seca, blanquecina, de frío intenso, en que no corre nada de viento pero que la atmósfera es de hielo, subir bien embozado al estanque del Retiro, apoyado en la balandilla ver correr patines; y antes de anochecer entrar en Levante, y al ruido de las bolas de villar, de los juegos de chaqueté y de damas, envueltos en humo de tabaco y de café, beberse dos vasos de ponche, aguardando la hora de las nueve para ir á la tertulia.

A mi me gusta el invierno, y me gustan sus eternas noches, oscuras, frías, lluviosas ó heladas. En ellas es cuando el joven estudiante, que ha de ser el filósofo del siglo, á la luz de la lámpara, estudia á Descartes, Galileo, Locke, Wolf, Platen, Sócrates, Rousseau; en esas horas crea el músico sus fantásticos caprichos, y hace el novelista sus mejores cuentos, todo al ruido compasado de la lluvia. En esas noches también son las voluptuo-

sas orgias, son los brillantes conciertos, los grandes bailes, las profundas meditaciones, los estudios severos. Y en esas horas son en otras partes los tresillos, los juegos de prendas, las conversiones políticas y hasta los clubs revolucionarios.

Lo repito, á mi me gusta el invierno: en esta estación es cuando se habla de duendes y brujas, se cuentan sucesos maravillosos, es el día de las animas y de difuntos, la visita de cementerios, la cuaresma, los días de disolución y penitencia. En invierno recuerda la iglesia al hombre que es polvo, barro inmundado; en el invierno es también la Noche buena en que presenta la capital un cuadro digno del mejor pintor flamenco.—P. L. GALLEGU.
(No me Olv.)

ABDHUL-ADHEL

EL MANTÉS.

CUENTO DEL SIGLO XV.

El Pátio de los Naranjos.

“Granada está ya en poder de los cristianos: el pendon de la cruz ondea sobre los terreados muros de Alhambra: la inquisición ha comenzado sus misteriosas pesquisas; y ya prepara el aborrecible sanbenito con que piensa vestir á los infelices hebreos del conquistado reino.” Tal es la nueva que de boca en boca circula por Córdoba, removiendo el espíritu público de esta capital en diversísimos sentidos. Celebranla con algazara los cristianos; vierten amargas lágrimas de despecho los moriscos de los barrios, al oírlo; y estremecense aterrados los encubiertos hijos de Judá, al saberla.

Apenas son suficientes los templos, ni el anchísimo recinto de la catedral, para dar cabida á la multitud, que presurosa corre á ellos en acción de gracias por el señalado triunfo que acaban de conseguir los estandartes del cristianismo: hombres, mugeres, niños; todos acuden

desalados á postrarse ante los altares. Hormiguea por el pátio de los naranjos el confuso gentío, que buscando las puertas de la iglesia le atraviesa en todas sus direcciones.

Hay sin embargo entre tantos una persona, bien agena del entusiasmo que á todos exalta. De vez en cuando resplandece en sus ojos el fuego amenazador de la ira, para dar lugar otra vez al apagado mirar de la indiferencia. Abdhul-Adhel es el único que no toma parte en la universal alegría.

Recostado en el tronco de una vieja palmera, y rebozado en la listada y característica manta, que distingue á los de su clase, solo descubre por arriba la blanca tela que le rodea la frente, y los hermosos ojos que tan celebrado le hacen entre los suyos. Vense por debajo sus desnudas piernas perfectamente formadas, ostentando la vigorosa contestura de los nervios y músculos que las componen. Fijo en su sitio, como la piedra que en los caminos señala las leguas, él solo es espectador en la agitada escena que allí se cede.

Nadie repara en su presencia: la gente pasa y le mira como quien ve un objeto en el lugar que siempre ocupa. Mas no á todos es tan indiferente su vista: un reverendo canónigo acaba de meterse por el alzado pórtico del templo, despues de haberse estado mirando por un buen rato al rebozado sectorio de Mahoma... Es D. Ordoño de Meneses inquisidor: y decano del cabildo eclesiástico.

Doña Ines acaba de parecer dentro del pátio, seguida de dos dueñas luengamente vestidas, y acompañada de un viejo escudero que con la diestra mano, revuelta en su capa, abriga la de la doncella, mientras que con la izquierda sujeta el voluminoso infolio de oraciones. Todos los atractivos del amor lucen en la delicada fisonomía de la virgen; sus lindos ojos, inclinados al suelo, resplandecen al levantar sus miradas, con toda la brillantez del sol despues de la borrasca: sus cabellos son mas finos y lucientes que las sedas valencianas, su colorido tan puro como el de las flores al abrir el día; hay en su porte aquellos movimientos deleitosos que aun á nuestro despecho, encienden

en deseos los sentidos.

¿Por qué mirandola venir, se ha desembozado el morisco?... ¿Por qué la cristiana viendo enteramente descubierto al infiel, se ha estremecido?... La púrpura de los indios chales no es tan subida como el color que enardece sus mejillas; ni la mirada del ciervo perseguido en los montes mas inquieta, que la que furtivamente dirigió en torno suyo. Relumbrar los ojos del moro como la exalación en las tormentas del verano.

Empero ellos son sabedores de lo que todo esto significa. La palidez sucede á los brillantes colores de la agitación en el semblante de la cristiana. Abdhul-Adhel ha desaparecido entre la inmensa multitud que por las puertas de la catedral se agolpa.

Dos moriscos están hablando muy cerca del caño de *Venci-en-guerra*: su conversacion es animadísima; y si bien se llega á notar que platican de cosas reservadas, no es con todo imposible de saber lo que están diciendo...

—Abdhul-Adhel, es preciso que la dejes. La tea de la inquisición va pronto á encenderse para nosotros, y será necesario que reniegues de tu ley, ó que mueras quemado públicamente, sin que tu brazo haya podido verter una sola gota de la sangre de sus asesinos.

—¿Que dices?... ¡dejarla! ¡imposible! ahora mismo acabo de verla y... nunca me pareció mas bella. Sus ojos celestiales me miraron: en ellos iban escritos con divina expresión los dulces sentimientos que me dan vida... Estremeciome al verme en medio de la turba descreída, que con tanta insolencia corre á celebrar el triunfo de Fernando; temió sin duda por mí... ¡Ay, amigo! sus insinuaciones son para Abdhul-Adhel imperiosos preceptos. Me separé de aquel sitio; pero no hay remedio, esta noche he de verla: tú me acompañas... ya sabes donde... y... (es preciso que sea) la robamos.

—Bien, Abdul, la robamos; y con ella nos vamos á las Alpujarras. Allí nos aguardan diez mil valientes. Caigamos al frente de ellos sobre Granada. Todavía no se creen muy seguros de poseerla los cristianos. Tal vez triunfemos. Entón-

ees, Mantès, corra la sangre de esos perros, hasta rebasar las murallas de la Alhambra exterminación á los que profanan nuestras mezquitas, y nos tratan como á miserables y sucios vagamundos!

—Irémos, Zelial, irémos: mi brazo, mi sangre toda es de la pátria y.... no aborreces tu mas que yo á los nazarenos.

La Cancion.

Son las doce de la noche. Todo descansa en Córdoba. Han cesado los cánticos religiosos que dilatados entre nubes de fragante humo, resonaron por la altísima bóveda de la catedral. Las puertas de la ciudad están cerradas, la blanca luz de la luna refleja sobre la estatua de S. Rafael, que promedia el puente. Deslizase con tranquilidad las aguas del Guadalquivir, bañando los cimientos de los baluartes cordobeses. Allí está la Alameda; mas allá se descubren por detras de los antiguos torreones, las empinadas puntas de algunos cipreses y las floridas copas de varias palmeras. A lo lejos centellea por la mitad del rio el resplandor de una llama: es un molino; el martilleo de sus piedras, estendiéndose vagamente por los vientos, llega de vez en cuando á resonar entre los viejos olmos del paseo, mezclándose con el murmullo de las ondas.

En medio de los destellos plateados que la corriente despide al retratar los rayos de la luna y el resplandor escaso de las estrellas, descúbrese un objeto que se mueve como avanzan los á tomar tierra al pie de la muralla: y entre el rumor que causan las ramas de los árboles, débilmente sacudidas por el aire del rio, parece que de tiempo en tiempo llegan á espirar los vagos y melancólicos sonidos de una guitarra. A ratos el eco de los cercanos edificios como que imita los lánguidos y amorosos conciertos de los cantares andaluces.

Confúndense las sensaciones al contemplar una escena tan encantadora. Todo descansa, casi todo calla; empero los objetos silenciosos dicen al alma lo bastante para dominarla con el prestigio de la a-

nimacion y del movimiento.

El agua suena sacudida, mas allá de los cañaverales que en las orillas crecen. A poco las pisadas de dos hombres, que pasan por entre los árboles, vienen también á herir los oídos. Al pie de los antiguos muros se detienen los que llegan: hay allí una puerta pequeña que facilita la entrada de los jornaleros y traficantes en la huerta de la inquisición.

Delante de ella se han parado los desconocidos. Por medio de las copas de los olmos y aprovechando los escasos claros que ofrecen sus ramas numerosas, escápase brillante el puro rayo de la luna: su resplandor refleja vivamente sobre los silenciosos rondadores. Son dos mantéses. Grandes y robustas son las formas del uno; fáciles y ligeras, aunque no menos fuertes, las de su compañero.

—Llama, Zelial, como sabes, mientras yo templo la guitarra.

Este dijo el mas alto tirando al suelo la manta que le tapaba; con lo que descubrió su presencia. Ceñíale muchas varas de cendal toledano, y sujeta á su cintura dábale vueltas una encarnada faja de seda granadina: de ella pendían los anchos y plegados calzones de lienzo blanco que sujetos á la rodilla dejaban en absoluta desnudez las tostadas piernas. Los pies llevaba defendidos con un par de babuchas de tafilite berberisco; y solo una camisa de listada tela le vestía el pecho, la espalda y los brazos. En el cinto relucía el negro mango de un puñal de Guadix; y del costado izquierdo colgábale una ancha cimitarra de Marruecos.

Ya resonaron en la puerta los golpes misteriosos; y al mismo tiempo se dejaron oír las cuerdas de la guitarra. Un sentido preludio comienza á herir los ecos con delicados y dolientes tonos: despues sigue una pausa.... A poco sueban con toda claridad, acompañadas del instrumento las voluptuosas modulaciones de una voz sonora y varonil, cantando los siguientes versos:

Sal á la torre, Señora,
Sal, y escucha mi cancion;
Suspiros de quien te adora
Con frenética pasion:

Sal, mi vida,
Mi querida,
Mi fortuna,
Sal, mi bien,
Mas hermosa que la luna,
Que las Huris del Eden.

¿Oyes murmurar al viento
Allá en el cañaveral?

Es que repite el acento
De tu nombre celestial.

Y el ambiente

Blandamente

Por tus flores

Al pasar,

Robándoles sus olores,

Tambien dice mi cantar.

Rechinaron sordamente los cerrojos de la puerta y cesó con esto la cancion. Abrióse la entrada como si por visible poderio se franquease, y metiéronse por ella los dos mantéses.

Se continuará

ELECCIONES MUNICIPALES DEL REALEJO ALTO.

Aquel pueblo es verdaderamente libre donde las leyes mandan y los hombres obedecen.

Sr. Editor: Con tan sabia máxima empieza su periódico y con ella misma quiero dar principio á mi comunicado por parecerme no ser agena del asunto; tratase de dar publicidad al resultado de las elecciones de este pueblo y tratase tambien de llamar por medio de la prensa la atencion de la Exma. Diputacion Provincial para que siendo el sosten de las leyes no permita la menor infraccion de estas, y exija a con mano fuerte la responsabilidad á la persona que las ha infringido, luego que penetrándose de la veracidad de los hechos descubra la verdad obscurecida.

Para verificar el nombramiento de los empleos municipales de este pueblo, fueron convocados, y se reunieron, el treinta y uno del pasado Diciembre los nueve comisarios electores, bajo la presidencia de D. Nicolas Grijalva, Alcalde de primera eleccion y dando principio al desempeño de su cometido reeligieron para primer alcalde al mismo que lo era (es decir) al Sr. Presidente; hizose público este nombramiento lo mismo que el de los

demas regidores; y al momento tomando la palabra varios ciudadanos que en presentes protestaron el acto, apoyandolo en que la reeleccion del Grijalva era abiertamente una infraccion de ley: de la misma manera que claudicaba el nombramiento de cuarto regidor en D. Francisco Velasco el que reunia el tiempo de residencia que esta exige, en mérito á lo cual pedian formalmente nueva eleccion.

Si de esto se presindio ó no es otra cuestion solo si diré en obsequio de la imparcialidad mi sentir; reduciendose á que deben ser nulas las elecciones: preguntase ¿ Porque ley ó reglamento se hicieron estas? ¿ No fue por la de 3 de mayo de 812 y aclaraciones posteriores; y esta y la Constitucion no prescribe que ningun empleado municipal pueda volver á ejercer tales funciones á no ser que pasen dos años de haberlas desempeñado; y podra hacerse lugar aquello de donde el vecindario lo permita? ¿ en un pueblo que cuenta mas de veinte personas que han regentado la jurisdiccion y cincuenta capaces de ejecutarlo, en un pueblo cuyo censo pasa de ochocientos vecinos y en un pueblo en fin donde lo ilustrado de la mayoria se opone á tal eleccion podran hacerse lugar de que solo Grijalva pueda ser acto para perpetuarse en la autoridad contra la ley, y filosofia de un gobierno representativo?

Empero Sr. Editor si inmorásemos en observaciones, seria proceder á lo infinito donde no acabariamos jamas; y por lo mismo bastenos decir que conocemos la justicia de la Exma. Diputacion nos es conocida la ilustracion y rectitud de los individuos de que se compone y asi estamos firmemente persuadidos que en la decision de este negocio no le guiara mas que el exacto cumplimiento de la ley; pues de esta manera se cumplira la maxima tan sabia de ser libre si las leyes mandan y no los hombres.

Realejo de arriba Enero 2 de 1838 — *Un imparcial.*

A LA MELANCOLIA.

Lúgubre compañera de los hombres
En esta tierra, tierra de los crímenes
Donde junto á los buenos los mal-

vados
Punál blandiendo la virtud maldicen
Donde á cada pisada ve una tumba
El mortal que amenaza recibirles;
Donde la bella, tímida paloma,
Yace en las garras del horrendo
buitre;
Donde todo es negror, y un rayo
apenas,
De luz aclara el tenebroso eclipse,
Donde el sol al nacer y alescorerse
Se refleja en el llanto de mil tristes,
En esta tierra de Cain!... Escucha
El canto que un humano te dirige,
Melancolia en su ficcion profunda
Sin ilusiones que su pena entibien!

II.

Tu consolaste en su suerte
Al negro sublime Osian,
Y en las orillas del Támesis
A Byron, bardo inmortal,
Byron, terrible fantasma
Que Albion miró levantar...
Que Shakespear de la tumba
Se alzó para saludar!!

III.

Melancolia! que á un fatal destierro
Acompañaste al genio de la España,
Al Rival de los hombres que la
Europa
De tiempo en tiempo se conmueve
y lauza,
Melancolia!.. Tu, tu le inspiraste
Los versos que en memoria de su
patria
Hizo á orillas del Támesis sombrío,
Versos que tiñe palidez sagrada!
Tu le inspiraste cuando allá en el
Sena,
La faz volviendo á su querida España,
Su Abenhumeya imaginó...gozando
En pintar los Moriscos de Granada!
Y le inspiraste cuando revolviendo
De Venecia las crónicas románticas
Bella una idea concibió, y la espuso
Con tierna pluma en un sublime
Drama,
¿ Cual nos pinta á Rugiero!...; Que
divina
A la inocente, á la donosa Laura!
¿ Cual sabe amar esta muger!..Que
fuego
Vierten sus labios que á Rugiero
abrasa!

¿ Y la escena de amor entre sepulcros!...
Cisne canoro de la hermosa Alhambra,
¿ No fue la celestial melancolia
La virgen bella que inspiró tu
alma?

IV.

Yo te adoro, que así enjugas
El llanto de mis mejillas,
¿ Cual mágico talisman...
Melancolia! Prefiero
A los goces de los hombres
Tu apacible soledad!..
Desgracias que de continuo
Persiguiendo van mis días
Desde mi primer aurora,
Tanto te han unido á mi
Que eres de mi alma señora!

¿ Como consuela en sus cuitas
Al infeliz que padece
Tu tranquilo medita!

¿ Como nacen los recuerdos
En el pecho del humano
A tu influjo celestial!
Recuerdos que no desgarran,
Recuerdos que tanto alivian
El triste, abnrrido estado,
Que hacen tolerar la vida
Al ente mas desgraciado!

Melancolia! Tu llevas
Mis pisadas á la orilla
Del manso, azulado mar;
Allí al ruido de las olas
Que se rompen en la arena
Todo me incita á pensar!..
Cada ola que se estrella
Contra la playa, me grita
Con una voz que retumba:
Un instante de tu vida
Voló á abrigarse en la tumba!..

Por ti me agrada habitar
En los campos solitarios
De las ciudades huir;
El rumor de las cascadas
Que ruedan por los peñascos
Por ti me agrada sentir!...
Por ti una noche serena
Contemplo con entusiasmo,
Sin pensar en mi fortuna
Una noche coronada
Con los rayos de la luna.

A do quiera me acompañas
Mi cabeza tu reclinas
En la palma de mi mano,
Tu en mi frente estas impresa;
Como el crimen en la frente
De Cain, perverso hermano.

P. C.

Edictor responsable P. M. RAMIREZ

Imprenta de EL ATLANTE